

ENCUENTROS EN VERINES 1992

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

LAS PALABRAS DE LA TRIBU: ESCRITURA Y HABLA

Almudena Grandes

Cuando, hace ya algunos meses, recibí, junto con una invitación formal del Centro de las Letras Españolas para participar en este encuentro, la sucinta información sobre sus objetivos que puede extraerse del título elegido, archivé erróneamente este último en mi memoria, y así ha permanecido hasta el momento en el que comencé a escribir estas líneas. La sorpresa que me produjo encontrar el término <<palabras>> donde yo, quizás por puro instinto, había creído leer <<lenguaje>>, no es completamente ajena a mi opción sobre la interrelación de ambos factores – traducción oral y producción escrita – en el ámbito de la más reciente literatura española. Porque si alguien se tomara el trabajo de expurgar deliberadamente la mayor parte de las novelas que se publican actualmente en España, con la intención de extraer de sus páginas algunos fragmentos de diálogos, ni siquiera necesariamente significativos, e intentara, no ya compararlos con conversaciones grabadas en cualquier bar, sino, simplemente, leerlos en voz alta, se daría cuenta muy pronto de que ambos lenguajes, el que se escucha al azar en las paradas de los autobuses, y el que se lee en las páginas de los libros, configuran uno de esos misterios sólo comparables al de la Trinidad: son uno y dos a la vez, son distintos aunque sea el mismo.

Por eso me parece más correcto hablar de <<lenguaje de la tribu>> para definir esa especie de awahili del que muchos escritores españoles no ya no pueden, sino que se niegan tajantemente a prescindir. Es notoria, ya casi célebre – y como tal, sin animosidad alguna, lo cito aquí – la impotencia de Javier Marías para trasladar a los diálogos de sus novelas y expresiones del estilo de *¡vaya hombre!*. El escritor madrileño lo confiesa sin rubor alguno, antes bien, con un cierto orgullo, casi de casta, que no por incomprensible me parece menos legítimo. Y Marías no es, desde luego, el único, ni el que llega más lejos. Otros escritores españoles cifran, con idéntica sinceridad, su divorcio de la realidad del país en el que viven y escriben, en términos

mucho más drásticos. Durante el verano del año 89, en el curso de una mesa redonda que formaba parte de un curso sobre la entonces boyante – sin motivo aparente – y hoy extinta – por los mismos motivos – Nueva Narrativa Española, tuve la oportunidad de escuchar a Alejandro Gándara, quien, tras afirmar que había llegado a la conclusión de que el lector medio español era incapaz de acceder a sus obras, tal y como el las había concebido, anunció su firme propósito de no volver a publicar libros en nuestro país, cuya literatura, y cito aproximadamente sus palabras, nunca había llegado a producir los vehículos de expresión idóneos que el se había visto a buscar, y había encontrado, sólo en otras literaturas.

Desde entonces han pasado tres años, y en ese periodo, si no recuerdo mal, Gándara ha publicado tres libros, así que ignoro si sus sentimientos habrán cambiado tanto como los planes que se había forjado entonces, pero en cualquier caso, tengo la impresión de que es precisamente en ese punto, la radical insatisfacción de toda una generación de autores españoles con la tradición literaria a la que en definitiva pertenecen, donde hay que buscar la última razón de ese fenómeno, el abismo infranqueable que separa el castellano de los que hablan, y además escriben, del castellano de los que hablan, y además escriben, del castellano de los que sólo hablan.

El inconveniente que para muchos españoles de una determinada generación supone el mismo hecho de ser españoles, no se circunscribe, desde luego, al ámbito literario. En este año 92, que el volumen de Deuda Pública ha consagrado ya como perpetuamente inolvidable, todos hemos podido ver cuán profundo era, y cuán profundo sigue siendo, el complejo de inferioridad tutelado y alimentado por cuarenta años de dictadura franquista. España se ha gastado lo que no tenía, y más, en impresionar al mundo, en el más rancio estilo de fasto faraónico al que se hace no demasiado tiempo sólo se abonaban el Sha de Persia y el emperador de Bokassa. Cuando yo era pequeña solía jugar, en el patio del colegio, a un juego de imitación muy sencillo, que tenía una sólo regla. Lo que hace el padre hace el hijo, decíamos, o hago lo que hace mi compañero. El mensaje que el poder transmite invariablemente a la población en estos momentos no es demasiado distinto del que se extraía de tan simple entretenimiento infantil: no hay que hacer las cosas mal. Hay que hacer simplemente, lo que hacen los demás.

Antes de escribir una sola página, muchos de los escritores españoles que publican en la actualidad han elegido durante años, como ávidos lectores, situarse exactamente a la espalda de la literatura que se escribía en su propia lengua. Y quiero dejar claro que

no estoy criticando ni cuestionado esa posición. Me estoy limitando a reproducir lo que he oído, y lo que he leído, y no sólo en entrevistas, porque la influencia de determinadas literaturas extranjeras aflora hasta hacerse transparente en las páginas de ciertos autores que escriben en castellano. Esto no me parece ni malo ni bueno en sí mismo –mejor una espléndida novela española que bebe directamente de Flaubert, que un indecente pastiche español en el estilo de Unamuno --, pero es indudable que algunos de los vicios que se critican sistemáticamente en la producción literaria más reciente, estén vinculados a la condición de lectores de traducciones de quienes la han creado. El caso más evidente, y el más grave de todos ellos, es precisamente el empobrecimiento del lenguaje.

Una lengua es un organismo vivo, esto está muy claro, eso ya se sabe. Pero los organismos también se mueren, y algunos, demás, son capaces de vivir aletargados durante mucho tiempo, si existiera algún aparato apto para medir la vitalidad de un lenguaje, me apostaría la piel a que el grado alcanzado por el castellano que se está hablando ahora mismo en cualquier calle, rebasaría en magnitudes escandalosas la raquíta vida que esa misma lengua alienta trabajosamente en muchos libros.

Y si se trata de reducir la cuestión a un principio básico, debo decir que estoy absolutamente de acuerdo con quienes afirman que los españoles escribimos en un país, y en una lengua , que nunca has llegado a producir una verdadera escuela de novela. Los pocos novelistas grandes de verdad que conocemos, han florecido casi por generación espontánea, sin precedentes ni consecuentes, y en ningún caso quienes le sucedieron en el tiempo, si es que hubo alguno, intentaron seguir la estela que marcaron sus obras, limitándose a lo sumo a imitarlas con más o menos talento. Eso es cierto, yo también lo creo, pero no estoy de acuerdo en que esta circunstancia apareje una reversible maldición para cualquiera que decida hacerse novelista en España. Pienso más bien lo contrario.

Juan García Hortelano me dijo una vez que un novelista español sólo puede escribir en inglés o en francés, porque en castellano no se escriben novelas, sino poesía que es lo único que ha tenido, tiene y tendrá importancia en la literatura de este país. Más allá de la ironía, late un pensamiento sólido y agudo. ¿Por dónde se empieza a escribir una novela española? ¿Dónde están los modelos, dónde la pauta, dónde el único y transitable camino a seguir? No existe, ninguna de esas cosas que existen aquí, y en eso, y alabado sea Dios, no hay manera humana de ser como los demás. Ésa es, desde

mi muy particular, quizás incluso patológico, punto de vista, la razón de que ser novelista en España constituya una raya y privilegiada bendición.

Por todo esto, el riesgo que corre un novelista español es muy alto pero, a cambio, y en el caso de que se decida a ejercerla, su libertad es plena, ilimitada, absoluta. Yo conocí esa libertad cuando escribí mi primera novela, en un género no ya inexistente, sino esencialmente incompatible, en teoría, con la tradición literaria española. Intenté escribir una novela erótica que no fuera francesa, ni inglesa, ni alemana, y aquí estoy, no me ha pasado nada. He devorado muchas traducciones y he leído menos clásicos de los que hubiera debido, como todo el mundo, y sin embargo soy incapaz de escribir un diálogo si no lo <<oigo>> antes. Mis personajes jamás se dicen que los unos a los otros. Eres un bastardo, *Te detesto*, *Comienzo a comer en este mismo instante* o *He aquí mi hermoso miembro erguido para ti*, y no lo hacen porque yo jamás he dicho ni he escuchado esas cosas, y puedo elegir, porque escribo en España. Donde no hay palabras, ni expresiones ni trampas ni modelos, obligados o prohibidos en una traducción que no existe. Los hombros de los poetas españoles soportan una carga tan abrumadora que llega a parecer sorprendente que alguien siga atreviéndose a escribir poesía en estas alturas. Los novelistas, en cambio, podemos andar ligeros.

Las audacias se pagan, sin embargo. Cualquier intento de crear un nuevo lenguaje literario al margen del <<lenguaje literario>> por antonomasia, ese misterioso dialecto swahili al que me referí al principio, merece invariablemente el calificativo de *garbancero*. Quienes han cultivado durante años esta espléndida perla de ese papanatismo cultural que florece en nuestros pueblos y ciudades con más vigor que los mismísimos cardos, probablemente no ignoran que se trata de un galicismo *in pectore* pero eso no debe importarles mucho. Es, sin embargo, lamentable, que no tengan en cuenta que algunas de las literaturas que han alcanzado en este siglo ese grado de modernidad de la que la nuestra carece, fueron impulsadas por autores inocentes a quienes les llamaron cosas mucho peores. Es, en definitiva, muy triste que algunos de los autores de los que hemos bebido todos los géneros españoles de este momento, como los grandes escritores norteamericanos de la primera mitad de este siglo, considerarán la incorporación del lenguaje coloquial a la literatura como una de las grandes cimas a conquistar, y esa precisamente ahora su influencia la que impide a muchos escritores abordar un proceso semejante.

Siempre me han parecido estúpidos quienes escriben sin complejos, porque la escritura, en sí misma, encierra un complejo tan hondo que jamás nadie ha vislumbrado

su final. Y tal vez no sea más que una cuestión generacional, porque la muerte de Franco me pilló con sólo quince años, pero debo confesar que duermo estupendamente a pesar de que Cortés matara a Moctezuma, y aunque ser española no es algo que me entusiasme específicamente, lo cierto es que siempre me ha fastidiado bastante más ser gorda.

Amo mi lengua, sin embargo. Por eso, nunca la engañaría con otra.